

EL MITO DE LA DOCTRINA HOMEOPATICA EN DERMOSIFILIGRAFIA

Por el doctor Horacio Abascal.

(De La Habana).

Mientras Europa se estremecía bajo las convulsiones de la Revolución Social se efectuaba el natalicio de una nueva transformación del misticismo médico: la homeopatía. El creador de esta doctrina, Samuel Cristián Federico Hahnemann, nació en Meissen (Sajonia) el 10 de abril de 1755, y murió en París el 2 de junio de 1843. Hahnemann recibió el grado de Doctor en Medicina en Erlangen, fijando más tarde su residencia en Leipzig. Comenzó a ensayar sobre sí mismo los distintos medicamentos, variando las dosis, y, después de haberse asegurado de los efectos de sus descubrimientos, los dió a conocer por primera vez en 1794, en el Hospital de Georghenthal, cerca de Gotha, en el ducado de Anhalt.

La homeopatía —del griego *hómoios*, semejante, y *pathos*, enfermedad, significando radicalmente *sufriendo semejante*— es una doctrina que se apoya sobre la “experimentación en el hombre sano”, sobre “el dinamismo vital y medicamentoso y la dosis infinitesimal” y sobre “la individualización de la dosis y del remedio”.

La experimentación en el hombre sano —la *experimentación pura*, como la llamó Hahnemann— es el conjunto de fenómenos subjetivos y objetivos producidos en el hombre sano por el medicamento ensayado, equivalente a una *enfermedad artificial*, llamada *patogenesia del medicamento*. Este conjunto constituye la *materia médica homeopática*.

“Cada medicamento —ha dicho Hahnemann— produce efectos particulares en el cuerpo del hombre y ninguna otra substancia medicinal puede hacerlos aparecer que sean exactamente semejantes”. Según eso, toda patogenesia presenta los síntomas *característicos* del medicamento y las *modalidades*.

Uno de los principios fundamentales de la doctrina homeopática es que los remedios obran siempre de una manera dinámica; razón por la cual administran un solo medicamento para saber a qué atenerse respecto a sus resultados terapéuticos.

La base terapéutica de la doctrina consiste en usar los productos a dosis débiles, pues *la acción de la substancia empleada está en razón inversa a su cantidad*. “El medicamento obra por dinamismo y no por su masa”, afirma Alberto Robin.

El punto de partida de la posología homeopática es un grano en

una cantidad cien veces mayor de azúcar de leche, de manera que cada grano de polvo encierre un centésimo de grano de la substancia. Esto se llama una *primera atenuación*. En una *segunda atenuación*, este centésimo de grano mezclado con cien granos de excipiente dá, para cada grano, un diezmilésimo; y en una *tercera atenuación*, un grano representa la milonésima parte de un grano de medicamento. En atenuaciones sucesivas, Hahnemann ha llegado hasta la *trigésima atenuación*, es decir, una fracción que tiene por numerador la unidad y por denominador 59 ceros; y se ha relatado que el doctor Korsakoff, homeópata de Lenigrad, llegó a reducir las dosis hasta la *sesquicentésima atenuación*, o lo que es lo mismo, una fracción que tiene por denominador 3.000 ceros.

Las substancias líquidas se preparan en la misma forma, tomando el nombre de *dilución*. Las dosis medicamentosas son así reducidas hasta la *trigésima dilución*, la cual es infinitamente más activa que la primera, porque la magnetización del medicamento está en relación inversa a la proporción decreciente de la substancia, y, por tanto, es más activo cuanto más *diluido* o más *atenuado* está.

La homeopatía no trata enfermedades, sino enfermos. Lo que atiende es el síntoma; y en los remedios que emplea hay dos cosas: el *efecto primitivo* y el *efecto secundario*. Este último es opuesto al primero; pues, para combatir un síntoma es necesario emplear agentes cuyo efecto primitivo sea parecido al síntoma existente, para entonces producir el efecto secundario que es la curación. Por eso, dice Hahnemann, la quinina cura la fiebre porque provoca un movimiento febril primitivo, seguido de un efecto inverso de apirexia.

Basándose en las indicaciones que Hahnemann había hecho desde 1816, de que la curación de la sífilis se efectúa siempre administrando al interior el mercurio a pequeñas dosis, varios autores se dedicaron a estudiar el tratamiento de esta entidad, así como las distintas afecciones cutáneas, desde el punto de vista de la terapéutica homeopática. Y hacia el año 1870, Harmann publicó su "*Tratamiento Homeopático de la Sífilis y de las Enfermedades de la Piel*", libro curioso, del cual poseemos un ejemplar impreso en Barcelona en 1877, traducido de la quinta edición alemana por el doctor Schlesinger-Bahier, y vertida al español por el doctor D. Cristóbal Sirarol.

Hartmann, de acuerdo con el criterio de la época, basa todos los tratamientos antisifilíticos en el mercurio. Refiriéndose a la terapéutica del chancro, dice: "*Mercurius solubilis*, administrado a dosis convenientes, es, en la mayoría de los casos, el remedio apropiado. En general, la curación se efectúa con más o menos rapidez según la receptividad del enfermo a la acción de los medicamentos, o bien si hubiese

padecido otras veces la sífilis, o que hubiese abusado del mercurio. Cuando la curación de un chancro dura cuatro o cinco semanas, y aún más, esto prueba que la preparación es insuficiente y que es preciso ensayar otra. El homeópata principiante encontrará más conveniente empezar por las trituraciones desde la 1ª a la 3ª, que administrará durante los primeros ocho días, a las dosis de cinco centigramos, mañana y noche. Si durante los ocho días, no sobreviene ningún cambio favorable, se aumentará la dosis eligiendo una trituración más baja”. Y en otra parte agrega: “*Mercurius solubilis* puede convenir al chancro indurado, pero es mucho más preferible el *mercurius proecipitatus ruber*, si se quiere impedir los progresos del mal”.

Las principales preparaciones mercuriales que se usan en homeopatía son: *mercurius precipitatus ruber*, *mercurius solubilis*, *mercurius corrosivus*, *cinnabaris*, *mercurius nitrosus* y *mercurius iodatus*. Algunas veces se emplean otros productos: *thuya*, *nitri acidum*, *hepar sulphuris*, *ciematis*, *staphysagria*, *phosphori acidum*, *mezereum*, etc.

Los tratamientos homeopáticos de las enfermedades de la piel son extraordinariamente curiosos. En la costra láctea usan *viola tricolor*, *staphysaria*, *sulfur aurum*, *dulcamara*, *hepar sulphuris*; en las úlceras fagedénicas emplean *nux*, *mercurius*, *árnica*, *brionia*, *pulsatilla*, “de una eficiencia incontrastable”. El *rhus tox* conviene perfectamente a las diversas especies de tiña, en particular cuando el cuero cabelludo va cubierto en su totalidad de una incrustación favosa; sin embargo, si este remedio es insuficiente, entonces administran *arsenicum album*. También recomiendan la *barita acética*, 2ª y 3ª trituración, acabando la curación con *barita carbónica* si la primera no da los resultados apetecidos; afirmando Hartmann, con una convicción encantadora, que sucede raramente que el mal se resista a estos remedios, a menos que no esté muy arraigado a consecuencia de un tratamiento alopático mal apropiado.

En la sarna, el azufre es el producto específico. Emplean *tinctura sulphuris* y sus derivados en la enfermedad reciente, y *sulphur* cuando es antigua, es decir, si al cabo de quince días no se ve a lo menos una apariencia de mejoría. A los niños antes de los cinco años administran el sulfur a la dosis de dos o tres glóbulos, cada dos días. Si después de haber tomado tres o cuatro dosis no se presenta mejoría notable, repiten el remedio a diario; pero no en glóbulos, sino en forma líquida. La sarna de los adultos, aunque sea reciente, reclama dosis más fuertes; administrando una gota diaria de la tintura madre, y si la enfermedad se prolonga, una gota por la mañana y otra por la tarde.

La escuela homeopática usa el azufre al interior porque “la erupción psórica se caracteriza por una sensación particular, es decir, por

un *prurito voluptuoso* en la piel, que pasa a *dolor quemante* después de haberse rascado”; y “la erupción producida por el azufre da origen en la piel a una *sensación quemante* que, después de haberse rascado, se cambia en *dolor de excoriación*”. Este es un ejemplo práctico de la *ley de los semejantes* de Hahnemann: “los medicamentos producen regularmente en el organismo sano fenómenos artificiales semejantes al de la afección natural que pueden curar”.

Los propagandistas de la homeopatía fundamentan su doctrina, *Similia similibus curantur* —opuesta al axioma de Hipócrates *Contraria contrariis curantur*—, no sólo en los trabajos teóricos y prácticos de Hahnemann, sino en los mismos libros antiguos, y quieren ver en el aforismo hipocrático *Vomitus vomitu curantur*, un basamento de su método terapéutico; reafirmando en la frase de Paracelso: *Neque umquam nullus morbus callidus per frigida sanatus fuit, nec frigidus per callida; simile frequenter curavit*.

Los partidarios del sistema consideran la creación del Maestro de Leipzig como una forma de vitalismo que se diferencia del naturismo hipocrático, porque exige que una terapéutica activa ayude a la naturaleza. Pero, si por su doctrina *Similia similibus curantur*, la homeopatía —como ha dicho Bouchut— “a une prétention philosophique élevée, et elle serait discutable dans l’erreur de sa formule; mais par le surnaturel de sa thérapeutique, elle sort des domaines de la science, et rend dans ceux de la superstition médicale”.

